

Además de este edificio para los pájaros y los peces tenía Motezuma una casa de fieras, rodeada por un gran patio con anchas losas de piedras de colores colocadas en forma de tablero de ajedrez. Si el interior de esta casa estaba habitado por gran número de personas contrahechas, como enanos, jorobados y albinos, esos extraños seres de albo cutis, ojos encarnados y pelo blanco y sumamente fino, en cambio en el patio veíanse en grandes y seguras jaulas aves de rapiña y bestias salvajes. Gigantescas águilas y buitres, halcones, magníficas panteras y jaguares, leones de la selva y velludos osos, al lado de lobos, zorras, gatos y otros animales. También había una colección de las más diversas especies de serpientes y de lagartijas; enormes boas tan gruesas como el brazo de un hombre, víboras de coral de brillante color, aligátos y tortugas, etc.

Lo que más llamó la atención de los españoles fueron las repugnantes serpientes de cascabel, cuyo chirrido y penetrantes miradas les hacían estremecerse. Estas serpientes sumamente venenosas, que son el terror de las selvas americanas, estaban consideradas como animales sagrados por los aztecas, y aposentadas en unos departamentos cuyo suelo se hallaba cubierto de ricas plumas. Para cuidar de todos estos animales, que eran alimentados con caza, perros, aves y la carne de las víctimas sacrificadas, se empleaban otras trescientas personas.

Con estas magníficas colecciones, desconocidas aún por completo en aquella época en la muy ponderada y civilizada Europa, no se habían agotado ni con mucho las curiosidades que atesoraba el palacio de Motezuma, pues poseía también grandes jardines botánicos que ostentaban los más hermosos árboles y preciadas flores. Tampoco faltaban escuelas en las que se enseñaba el empleo de plantas y hierbas medicinales, así como el de otras que servían para condimentar los manjares. Había además casas de tamaño colosal en las que se ocupaban constantemente en construir armas y pertrechos de guerra, de los que tenían gran surtido que se reponeía constantemente.

No poca parte correspondía á Motezuma en el embellecimiento de la ciudad, pues cultivaba con gran afición las Ciencias y las Artes. Bajo su dirección habían alcanzado algunas industrias tan alto grado de cultura, que causaron gran sorpresa y admiración á los españoles. Sobre todo hay que mencionar á los plateros, que habían construído por orden de Motezuma artísticos objetos de oro y plata que se hallaban en poder de éste, y que ponían muy alto el nombre y la habilidad de aquellos artífices.

Veíanse exactas reproducciones de todas las cosas y productos de México, y además piedras preciosas talladas y cortadas tan primorosamente que, según decía Cortés, «la razón no acierta á comprender con qué clase de instrumentos han podido hacerse objetos tan acabados y

perfectos.» No menos hábiles eran los que trabajaban la pluma y los tejedores, que construían tejidos magníficos de plumas de colores y algodón destinados á trajes y armamentos riquísimos; había también excelentes pintores y escultores que en el reinado de Motezuma hicieron la célebre piedra, de primoroso trabajo, conocida con el nombre de *La piedra calendario*. (Véase el grabado de la página 129.)

Este disco colosal de basalto gris tiene una circunferencia de 4 metros y su peso ha sido tasado por Alejandro de Humboldt en 24,000 kilogramos. El bloque de que fué labrado no pesaba mucho más, y es cosa digna de admiración el pensar cómo pudieron transportar los trabajadores aztecas, disponiendo sólo de tan rudimentarios medios, una masa tan inmensa desde las lejanas canteras de Tenochtitlán hasta la ciudad. Sucedió que durante la conducción, al querer pasar el bloque por el puente de Xoloc, partióse éste con el peso y cayó la piedra al lago. Un gran sacerdote perdió la vida á causa de esto en unión de mucha gente. Este sucedido tuvo lugar el año de 1512. Con indecible trabajo fué extraída la piedra de entre el cieno



Escena de sacrificio
(De una antigua pintura mexicana)

del lago y llevada al lugar de su destino. Después de la destrucción del gran Teocalli por los españoles, quedó esta piedra en medio de la gran plaza, siendo enterrada en 1550 por orden del arzobispo Montúfar; hallada nuevamente el 17 de diciembre de 1790, fué empotrada en la pared del lado Oeste de la catedral, llamando por espacio de muchos años la atención de todos los visitantes como objeto curiosísimo del antiguo México. Hace poco ha sido llevada, á instancias de algunos anticuarios, al Museo Nacional de la ciudad, en el cual está expuesta juntamente con otros monumentos aztecas.

No se sabe aún con certeza si esta piedra representaba en verdad un calendario, ó la imagen del Sol. Mucho se ha trabajado para descifrar su significado, y mucho se ha escrito sobre este particular; pero las opiniones expuestas difieren mucho unas de otras, y nosotros no disponemos de espacio suficiente para ocuparnos en ellas con detención.

Está demostrado que los aztecas eran muy dados á la Astrología y te-

nían una clase especial de astrólogos, que eran llamados en cuanto nacía un niño para hacer el horóscopo, por el cual se averiguaba el destino de la criatura recién nacida.

El año de los aztecas constaba de 365 días y estaba dividido en 18 meses de 20 días cada uno; tenían además 5 días bisiestos, que eran considerados como días de desgracia, por lo cual los pasaban entre rezos, ayunos é inmolaciones. Los meses estaban divididos en 4 semanas de 5 días cada una. Los astrónomos sabían perfectamente que el año tenía unas seis horas más de los 365 días, pero este sobrante se lo añadían al final de un *mazo*, es decir, de un período de 52 años, al último de éstos, con lo que este año obtenía un aumento de cerca de 13 días.

Aunque no habían llegado aún á tener signos de escritura como en Yucatán, sabían no obstante representar por medio de la pintura sucesos y objetos de toda clase. Para hacerlos más comprensibles habían ideado diferentes signos, mediante los cuales podían expresar las ideas, cosa que no hubiera conseguido el pintor por hábil que fuese. Por ejemplo, una lengua pintada delante de alguna persona significaba la acción de hablar, y algunas huellas de pies colocadas unas después de otras, paseo ó viaje. También poseían determinados signos para expresar los días y estaciones del año, así como para los diferentes elementos, oro, plata, etc. Para transmitir estos signos ó jeroglíficos de un sitio á otro tenían excelentes andarines que mantenían comunicación constante con todas las comarcas del país.

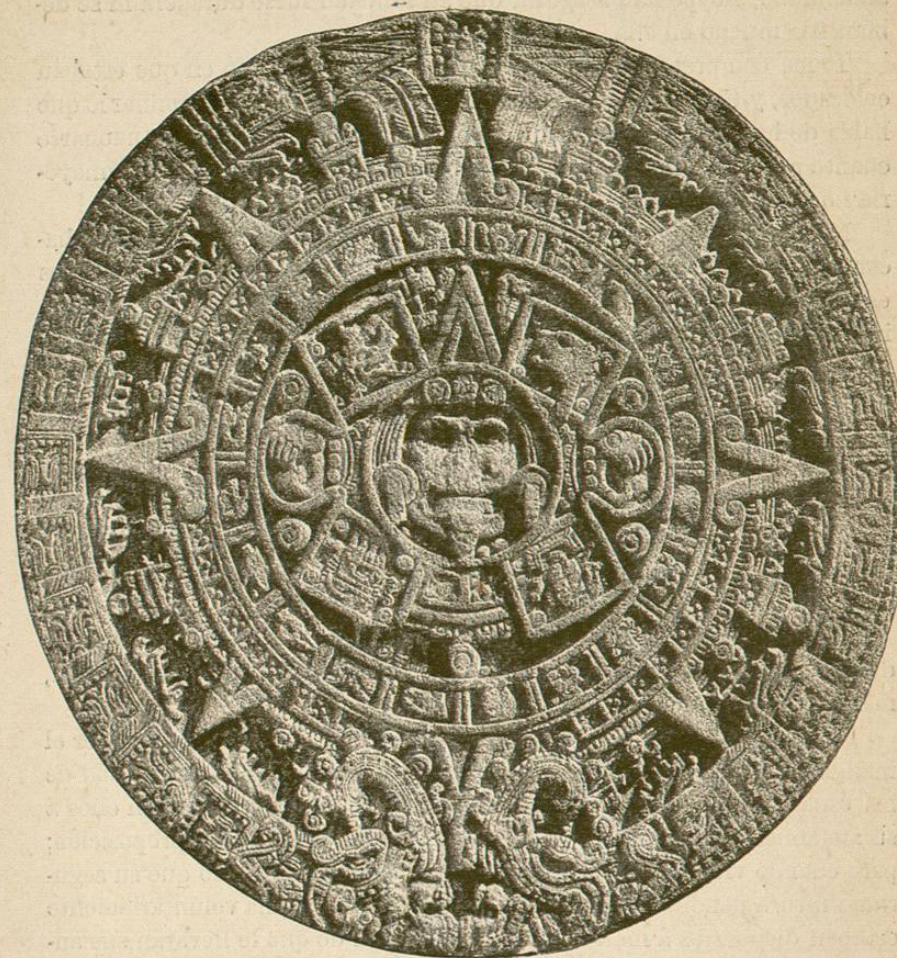
Cada dos leguas había una estación, donde un andarín entregaba los signos que llevaba á otro, que á su vez los transportaba á la más próxima, y así sucesivamente. De este modo transmitíanse las noticias con tan gran ligereza, que en un solo día llegaban á la capital desde lugares situados á cien leguas de distancia.

Como se comprenderá, en un país tan civilizado como este no podían faltar escuelas. La educación de los niños era por demás severa, y tanto la desobediencia como la falta de respeto para con los padres era mucho más duramente castigada de lo que lo es en nuestros días. Entre las pinturas que se conservan en forma de escritura se encuentran algunas que tratan de la educación de los niños. En ellas está tácitamente consignado lo que debían de comer en una edad determinada, y se ve pintado el número de panes que debían consumir cada año, así como lo que tenían que aprender de uno á otro; la madre enseñaba á la hija á tejer, y el padre al hijo á pescar. También están representados los castigos, y hasta las lágrimas deslizando por las mejillas del pequeño culpable.

Además de las escuelas había establecimientos benéficos, hospitales públicos dirigidos por médicos experimentados, y casas en las que se al-

bergaba á los heridos ó guerreros inutilizados, cuidándolos y manteniéndolos gratuitamente.

La agricultura florecía y el ejército estaba bien organizado, existiendo á la vez determinadas distinciones equivalentes á nuestras órdenes, y con-



Gran piedra conocida con el nombre de Calendario azteca, que se conserva en el Museo Nacional de México (De una fotografía)

decoraciones destinadas á estimular el amor propio; las leyes eran bien ordenadas, y se administraba la más estricta justicia; en una palabra, el orden más completo gobernaba la vida burguesa, tanto en la vida privada como en la pública, y si bien un sangriento culto á los dioses tenía encerrada en su círculo á la nación entera, no por eso dejó de admirar alta-

mente á los españoles la cultura mexicana. También comprendían cada día más que con su entrada en Tenochtitlán se habían colocado en una situación tan peligrosísima, que cada día podía acarrearles su total perdición; pues por más que Motezuma seguía demostrándoles la mayor amabilidad, no podían asegurar que su amistad fuese duradera ni se debían fiar mucho en ella.

Todos comprendían claramente la violenta posición en que estaban colocados, y Cortés convocó un consejo de guerra para determinar lo que había de hacerse en el porvenir. Unos opinaban que debía abandonarse cuanto antes la ciudad; otros que debían permanecer en ella, y la mayoría no sabía qué decidir.

No se sabe quién fué el que presentó la temeraria proposición de hacer prisionero á Motezuma y tenerle en rehenes para la seguridad de los españoles; lo cierto es que obtuvo la aprobación de Cortés, y decidieron inmediatamente ponerlo en práctica, mucho más por haber tenido noticias poco tranquilizadoras que de la costa habían llevado algunos mensajeros secretos.

Escalante, nombrado gobernador de Veracruz por Cortés, había ido, en unión de sus soldados, en auxilio de una tribu vecina que se negaba á pagar el tributo á Motezuma, pero había sido muerto con bastantes españoles en el combate que tuvo lugar contra los recaudadores y soldados aztecas, los cuales habían enviado á Motezuma la cabeza de uno de los españoles.

Tomando por pretexto este incidente dirigióse Cortés, acompañado de doña Marina y de cinco de sus más resueltos capitanes, al palacio real, mandándose anunciar según acostumbraba.

En la conferencia que tuvo lugar acusó Cortés al monarca de ser el instigador de las agitaciones de Veracruz, diciéndole que la seguridad de los españoles sólo podía creerse afianzada si él se iba á vivir con ellos á su alojamiento. Consternado rechazó el soberano semejante proposición; pero cuando vió la actitud de los capitanes, comprendiendo que su seguridad futura pendía de un cabello y que si no les seguía voluntariamente estaban dispuestos á matarle, cedió, dió orden de que le llevaran sus andas, y rodeado de los españoles abandonó su palacio para no volverlo á pisar jamás. Por habérselo exigido Cortés, tuvo Motezuma que declarar al pueblo, que se reunía al verle marchar, que seguía voluntariamente á sus huéspedes.

Pero si con esta declaración se había evitado por el momento el levantamiento del pueblo azteca, no podía ocultarse por mucho tiempo el verdadero estado de cosas que reinaba. Cada vez aumentaba la efervescencia de aquel pueblo valeroso y guerrero, que al fin comprendió que era un

hecho la prisión de Motezuma; y cuando Cortés citó por medio de éste al gobernador Quauhpopoca, que había vencido á Juan de Escalante, y le hizo aprisionar y quemar en unión de quince de sus guerreros principales, y tuvo encadenado mientras duró aquel acto el monarca azteca, apenas pudieron contener su indignación. Sólo el convencimiento de que, si se insurreccionaban, podían comprometer la vida de su rey, detenía á los habitantes de la ciudad para no levantarse en masa contra los atrevidos y descarados usurpadores.

Es verdad que, ofendido el príncipe de Tezcoco por las humillaciones que sufría su soberano, concibió el proyecto de sorprender á los españoles; pero fué delatado preso y destituido de su trono por orden de Motezuma, que era dócil instrumento de la voluntad de Cortés.

Motezuma mismo tuvo que prestar juramento de homenaje al emperador Carlos V, lo cual hizo rodeado de sus grandes y con lágrimas en los ojos. Aprisionado completamente en las cadenas de la superstición, creía con fe ciega que se había realizado la profecía de la vuelta de Quetzalcoatl, y fatalmente resignado se sometió á su destino. Apoyado en la debilidad del soberano azteca empezó Cortés á exigir tributos para el rey de España, envió expediciones á diversas comarcas del país para reconocerlas, y ya se habían reunido en el fuerte de los españoles grandes tesoros para ser enviados á la Península, cuando de repente recibieron noticias de Veracruz que aumentaron aún más la peligrosa situación en que se hallaban.

Una escuadra de 18 barcos había aparecido en aquel puerto, la cual escuadra no sólo no llevaba los refuerzos pedidos por Cortés á la corte de España, sino que conducía á su bordo á un enviado del gobernador de Cuba, llamado Pánfilo de Narváez, al que había dado Velázquez el encargo de destituir á Cortés y hacerle prisionero. Narváez disponía para este objeto de un ejército de cerca de mil hombres, entre los que había 80 jinetes, 70 mosqueteros y 90 ballesteros; además llevaba 20 cañones.

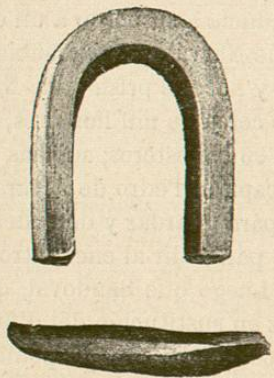
Dejando á su bravo capitán Pedro de Alvarado con 140 hombres y las municiones necesarias para guardar y defender la capital, partió Cortés con el resto de su gente para salir al encuentro de Narváez y evitar que prosiguiera su marcha. Luego que Sandoval, que había sido nombrado gobernador de Veracruz en sustitución del difunto Escalante, se hubo incorporado á Cortés con 60 hombres, ya disponía éste de 200 combatientes con los que podía hacer frente á la quintuplicada hueste de Narváez. Este se había apoderado de la ciudad de Cempoala y repartido por ella sus tropas, completamente convencido de que Cortés no se atrevería á atacarle. Pero el conquistador, que se acercaba á marchas forzadas, presentóse de improviso en una noche tempestuosa y de lluvia torrencial frente á la

ciudad, apoderóse en pocos instantes de las armas é hizo que el sorprendido Narváez se encerrase en un templo de los destinados á los sacrificios. Dentro de él tuvo lugar un reñido combate, que terminó muy pronto á causa de haber caído Narváez prisionero después de experimentar la pérdida de un ojo. En cuanto cundió la noticia de este suceso terminó la resistencia, y sin vacilar pusieronse los soldados de Narváez á las órdenes de Cortés. Al aparecer éste delante de su contrario herido, Narváez no pudo contenerse y le dijo: «Señor, tenéis verdadero motivo de dar gracias al cielo por semejante victoria.» A lo que contestó Cortés con legítimo orgullo: «Seguramente que doy gracias á Dios por ello, pero podéis estar convencido de que la victoria obtenida sobre vos la considero como la más insignificante de mis hechos de armas en esta tierra.»

Para Cortés era la victoria de tanta más importancia por haber obtenido con ella su pequeño ejército un aumento de 1.300 hombres, entre los que se hallaban 90 jinetes, 80 mosqueteros y otros tantos ballesteros.

Otra desagradable noticia turbó su alegría. Dos tlascaltecas fueron á decirle que tanto la ciudad de Tenochtitlán como sus alrededores se habían sublevado, y que Pedro de Alvarado y sus compañeros habían sido presos y encerrados; que había muchos heridos, y que por lo tanto se apresurase á ir en su auxilio para salvar lo que pudiera.

A marchas forzadas se dirigió Cortés hacia aquel punto, fortaleció su hueste en Tlascala con 2.000 combatientes indígenas, y el 24 de junio del año de 1520 presentóse de nuevo ante la ciudad,



Yugo de piedra y cuchillo de obsidiana
Existentes en el Museo de Instrucción Pública de Berlín



Asalto del gran Teocalli de Tenochtitlán
(De una pintura de aquella época hecha por Lienzo de Tlascala)

CONQUISTA DE TENOCHTITLÁN

¡Cuán distinto aspecto presentaba ahora Tenochtitlán, comparado con el que ofrecía cuando entraron en ella por vez primera los españoles! Las calles estaban desiertas y nadie salió á darles la bienvenida; un silencio imponente se había apoderado de toda la ciudad.

La causa del alboroto había sido una sangrienta hazaña de Alvarado, el cual ordenó que dieran muerte de la manera más inhumana, con el pretexto de que estaban conspirando, á 600 nobles aztecas que se habían reunido en el patio del gran Teocalli para celebrar una fiesta religiosa.

Semejante conducta exaltó por modo tal la indignación y el deseo de venganza de los aztecas contra los españoles, que al día siguiente éstos se vieron acometidos por aquéllos con tal coraje, que les costó gran trabajo poder conservar su alojamiento. Tan sólo después que Motezuma, intimidado